

“Existir”

Débora

¡Hola amigos! ¿Ponemos, como dice Claudel, un poco de primavera en este otoño? Yo que tengo la suerte de ver el Retiro desde el cuarto de estar, doy fe de esta especie de milagro por el esplendor que tienen estos días, los árboles.

La naturaleza, tan hermosa, como explicaba Pablo en su Carta a los Romanos, representa el anhelo de las criaturas buscando, la libertad de los hijos de Dios. Porque el fin de la creación no es solo la conservación de las especies sino la gloria del Creador.

Por eso, dejando atrás las leyes rígidas, muchos han descubierto que “los pájaros cantan más de lo que les permite Darwin”

La libertad interior, compatible con toda actividad, canta la alegría de ser hijos de Dios, la alegría de vivir en su creación dándole gloria. Es como el eco humano de la complacencia de Dios en su creación. La glorificación de Dios, vendría a ser la alegría manifestada en el existir. Dicho de otro modo ¿por qué no llevamos un trozo de primavera, a nuestro trabajo cansino. ¿Por qué no llevar allí la generosidad de Dios dándoles flecos bonitos a su creación y no una rigidez metódica? Yo me alegro de comprender ahora los comentarios de mis compañeros de Redacción: “viéndote entre papeles nunca se sabe si trabajas o juegas”.

En cierto modo me siento feliz de parecerme un poquito al novelista Palletier. Dicen que, “apoyado en un árbol, como solía, con las manos en los bolsillos de los pantalones, contemplaba el juego de los rayos de sol en las hojas”. Alguien, al pasar, le preguntó: ¿que haces ahí? Y él le respondió: “Existir”.

Para justificar nuestra existencia solemos proponernos cosas y buscarlas como si la vida fuera bella por eso. Y no pensamos que Dios la hizo bella antes de que hiciéramos o dejáramos de hacer algo.

Todo es más sencillo de lo que pensamos. Me pregunto por qué tenemos la manía de sentirnos imprescindibles, de creer que si no hacemos esto o no estamos pendientes de aquello el mundo se viene abajo. Es esta eficiencia calculada la que nos impide descubrir el enorme gozo de lo inútil.

Ya está bien de actos programados, compromisos y obligaciones. Se trata de coger primero la puerta y acto seguido, un autobús porque los paseos en solitario se hacen mejor en transportes colectivos.

Toda ciudad esconde lugares increíbles que esperan al que la recorre sin prisas. El Madrid de los Austrias tiene, por ejemplo, unas placitas insospechadas. En sólo unos metros se agolpan espacios minúsculos con nombres curiosos: Plaza del Alamillo, de la Morería de Granados, de la Paja, de los Carros, de San Andrés, del Humilladero, de la Cebada... es el día de las plazas.

Son itinerarios, mano de santo, para las pequeñas tormentas personales. Rutas de sentidos abiertos para ahuyentar las mariposas negras de cualquier obsesión... Y de paso, buscamos la imagen, el color o el ruido, viviendo esa capacidad de asombro que es el secreto para no envejecer.

Hay que ponerle a cada día su pequeña o gran aventura, su ritmo intenso o contemplativo. Sentir el corazón ilusionado latiendo por todo. Sólo a golpe de corazón descubrimos las rutas de los sueños, la ciudad con sus gentes, su pulso, su vida.

Es el encanto de esas zonas antiguas donde el paso del tiempo, el espíritu de los que vivieron, ha dejado en sus calles una huella especial con la que nos identificamos, secretamente.

¿Por qué no hacéis la prueba?

